

donde veinte siglos hace recibían su corona y los ruidosos honores del triunfo los vencedores en guerras extranjeras, más tarde fueron ceñidas con modesto, pero perpétuo, laurel, las frentes de poetas esclarecidos, honra y orgullo de Italia.

Como centro constante del poder municipal, este palacio Senatorio, ó mejor dicho, el edificio que sobre la roca misma del *Tabularium* existía antes del siglo XVI, fué siempre teatro de los acontecimientos, que más influyeron en la paz de Roma y aun de Italia. Por los años 850 el emperador Luis era solemnemente coronado en el Capitolio por el Papa Adriano II, á presencia del senado y del pueblo romano: en el siglo XI, la guerra de Enrique IV contra el poder de los Corsi, y luégo la entrada de Roberto Guiscard, que fueron causa de grandes destrozos en toda la ciudad, se dejaron sentir principalmente en el Capitolio, donde residían su gobierno y su fortaleza: á principios del siglo XII el Pontífice Pascual II sostuvo un combate ante las torres de aquella colina, que los Corsi no pudieron defender ni librar de ruina: en el mismo siglo, ocupando la Santa Sede Gelasio II, la ciudad entera acude en armas al Capitolio á librar al Papa, ultrajado por el soberbio Frangipani.

En los días de Inocencio II (año 1143) brilló con luz pálida sobre el Capitolio un relámpago de república, que no otro nombre merece aquel rápido período de turbulencias, asonadas y desdichas, en que tal vez perdió la vida el valeroso Lucio II, y en que los romanos, haciendo resistencia al emperador Federico I, cubrieron de cadáveres el campo: en el siglo XIII sirven las cárceles del Capitolio para encerrar alternativamente gibelinos y güelfos, y su altura para aclamar por emperador á Coradino. Todavía resonaba, puede decirse, el eco de los vivas dados á la república, cuando se dejaron oír los vivas al imperio. Pero la tempestad no había pasado: despues de sangrientos disturbios entre Enrique VII y los nobles y el pueblo, otro relámpago demagógico iluminó la cumbre del Capitolio: el tribunado de Nicolas de Lorenzo (*Laurentii, Rienzi*), acogido en un principio con candoroso entusiasmo, y execrado luégo con varonil patriotismo por Petrarca, trajo sobre Roma un pe-

riodo de horrible anarquía, y sobre el tribuno, convertido en tirano, una muerte mísera y desastrosa. Desde el siglo XV el Capitolio dejó de ser fortaleza para tomar el aspecto y condiciones de palacio: á Nicolas V cupo la gloria de llevar á cabo esta transformación, que había de enlazar con las tradiciones guerreras del edificio antiguo las casi siempre pacíficas y civilizadoras del edificio moderno. Sobre el Capitolio habían sido coronados, segun la tradición, Horacio y Virgilio: en el Capitolio recibió Petrarca solemnemente, el día 8 de Abril de 1341, la corona de laurel, que al decir del gran poeta, sin hacerle más sabio ni más elocuente, sirvióle para que la envidia se desencadenara en contra suya y lo privara de reposo.

No dice la historia que fuera coronado en el Capitolio; pero lo fué con la bendición de sus contemporáneos, y lo es y lo será con el aplauso y la gratitud de todas las generaciones, el gran cardenal español Gil de Albornoz, el ilustre conquense, á cuya sabiduría y valor debió la Iglesia, más que á los ejércitos y á las alianzas, la recuperación de sus estados y la paz de Roma. Su figura brilla como uno de los astros mayores del siglo XIV, no ya sólo en el Capitolio, donde restableció la autoridad y el orden, no ya en Bolonia, donde fundó el famoso colegio de San Clemente, sino en la Italia toda, cuyas principales ciudades sometió á la antigua obediencia de la Santa Sede, á punto de poder presentar un carro de llaves al Papa Urbano V, que al fin, cediendo á sus ruegos, á los de Petrarca y á otros de varones insignes en santidad y letras, consintió en trasladar la silla de Avignon á Roma, donde hizo su solemne entrada en Octubre de 1367. El cardenal Albornoz había ya muerto. En el colegio de los españoles de Bolonia, una modesta lápida guardaba el recuerdo de tan eminente prelado con estas sencillas palabras:

*Aegidius Card. crucis spectabili virtute B. Petri patrimonium tyrannica saevitia rabiente, variis turbidinibus agitatam, recuperata pristina libertate Reip. in tuta pace quiescit. Anno MCCCCLXIII.*

Posible es que á no haber faltado el influjo y el consejo del cardenal Albornoz, de aquel *qui sedem romanam diu Avenione exulantem Italiae restituit*, como se consignó en el siglo XIV en

otra inscripcion de Bolonia, el Pontífice Urbano V no hubiera desandado el camino de las Galias y vuelto á poner la silla de San Pedro, aunque ya para muy pocos años, en las orillas del Ródano. El 17 de Enero de 1377, Gregorio XI oraba en Roma sobre la tumba de los Apóstoles: la cautividad de Avignon habia terminado. Cesan las revueltas y las agitaciones del Capitolio. A principios del siglo xv, en la convencion hecha por el Papa Inocencio VII y el pueblo romano, se estipuló reducir el Capitolio á palacio y lugar de juicio, *ad formam palatii et loci communis iudicii*. La fábrica, de tiempo de Bonifacio IX, amenazaba ya ruina, cuando Paulo III encomendó á Miguel Ángel las obras del Capitolio moderno.

Los tres palacios, que rodean la plaza del Capitolio, si no encerráran, como encierran, un interes histórico y artístico de primer orden, no bastarian por su mérito arquitectónico para llamar la atencion en ciudad alguna de importancia, mucho ménos en Roma, donde hay tantos y tan suntuosos palacios; pero los tesoros de escultura, pintura y antigüedades, que guardan éstos del Capitolio, los colocan entre los más notables monumentos de la ciudad eterna. Despues del museo Vaticano hay que visitar el museo Capitolino, sin perder de la memoria el Lateranense.

El Papa Clemente XII creó, puede decirse, el museo del Capitolio: sus sucesores lo han aumentado de una manera considerable: hoy representa un caudal artístico, cuya riqueza no es fácil calcular. Estatuas, bustos, bajo-relieves, sarcófagos, inscripciones, multitud de pedazos preciosos en bronce y mármol de obras que fueron egrégias: todo esto se halla en el vestíbulo y en la galería y en las salas del Museo, que ocupa el palacio de la izquierda subiendo desde la plaza de Araceli: hasta en el patio y en el peristilo y en la escalera hay objetos que poderosamente llaman la atencion: allí están el coloso de mármol, que representa el Océano yacente, y que por haber sido encontrado en el foro de Marte, llamóse la estatua de Marforio, la locuaz compañera de Pasquino: dos sátiros, tambien de mármol, que un tiempo adornaron la escena del teatro de Pompeyo, y que dieron nombre á la plaza en que fueron hallados:

dos sarcófagos, procedentes de las catacumbas de San Sebastian, cuyos bajo-relieves son notables, más que por su mérito, por su importancia para la historia del arte. Multitud de estatuas y algunas urnas y fragmentos, cuya menuda descripcion fuera impertinente, y cuya simple enumeracion sería inútil, llenan el atrio y las cámaras bajas del Museo: aquí se ve una provincia romana (la Dacia) esculpida en bajo-relieve, y que perteneció á la Basílica de Antonino Pío: allí el medio cuerpo inferior de una preciosa estatua, que representó un prisionero, y era una de las cuatro, que ornaban el arco de Constantino: un sarcófago, en que está Adriano en hábito sacerdotal, celebrando un sacrificio: la estatua colosal, que llaman de Pyrró, sin duda por las cabezas de elefante, que se ven en la coraza: el Hércules, que mata la hidra, obra estimable, encontrada en la via *Nomentana*, junto á Santa Ines: el admirable trozo de pórfido de una estatua de mujer, en que la dureza de la piedra para formar los paños y los pliegues hace honor á la habilidad extrema del artista: entre los sarcófagos, que en este primer piso se guardan, merece especial consideracion el de Alejandro Severo, con las figuras yacentes de este Emperador y de su madre Mamea, tierna expresion de amor filial, que consuela un poco el espíritu despues de pensar en los Nerones y en los Cómmodos y en los Caracallas, y que la implacable arqueología quiere poner en duda, negando la autenticidad de los retratos. ¡Singular empeño! Alejandro Severo habia perecido en las Galias, á manos de los soldados, juntamente con su madre: el arte de la escultura, por otra parte, no se hallaba ya en aquella época (y algunos bajo-relieves del sepulcro lo demuestran) á tal altura que pueda ni deba exigirse aquella exactitud en el parecido, y aquella perfeccion en las labores, que son de admirar en la época de Trajano: el sarcófago de Alejandro Severo, que ofrece esculpidos varios sucesos de la vida de Aquiles, es uno de los monumentos más apreciables de cuantos hoy se poseen de la época imperial. Multitud de inscripciones antiguas, cronológicamente dispuestas, y que hacen referencia á emperadores y emperatrices, y otras más antiguas, que alcanzan á los cónsules, llenan los muros de algunas de estas salas, para que

en ellas todo pertenezca á la historia y á las artes. En la de la izquierda han sido depositados algunos objetos preciosos de antigüedad recientemente descubiertos: entre ellos hay dos bronce de mérito extraordinario, un caballo y una parte considerable de un toro: la cabeza del caballo induce á sospechar que la obra corresponde á los buenos tiempos de la escultura griega: recuerda los caballos del Partenón, esculpidos por Fídias: con esto se hace su elogio. El buey podría haber pertenecido al templo de Apolo Palatino, descrito por Propercio.

Hemos dicho que la escalera es parte importante del museo, y para acreditarlo basta indicar algunos de los monumentos artísticos, que la decoran: sus paredes están cubiertas de mármoles; pero, ¿de qué mármoles? De aquellas inmensas é inestimables láminas marmóreas en que una mano hábil grabó la planta topográfica de Roma, en los tiempos de Septimio Severo y de su hijo Caracalla, y que fueron encontradas cuatro siglos hace en el templo de Rómulo, junto á la *Via Sacra*, hoy San Cosme y San Damian. Era natural: el gran mapa de la ciudad correspondía de derecho al templo que llevaba el nombre de su fundador. Hoy, pues, merced á los fragmentos marmóreos incrustados en la escalera del museo Capitolino, merced á aquella carta, que el tiempo no ha podido destruir, podemos ver en su verdadera forma y situacion monumentos tan importantes como el Pórtico de Octavia y el Foro, y las Basílicas Emilia y Julia y la Grecostris y los teatros de Marcelo y de Pompeyo, y muchos otros edificios, señalados todos con su nombre respectivo. El feliz hallazgo de este dato auténtico é irrecusable de la topografía de la Roma imperial ha librado al mundo arqueológico de muchos libros presuntuosos, de muchas contiendas estériles y de infinitas conjeturas improbables. Dos estatuas notables anuncian ya en la escalera la riqueza de las cámaras y galerías superiores: son aquéllas la bellísima estatua de la Vestal, que llaman *La Pudicicia*, y la elegante y graciosa de Juno Lanudinia, que algunos suponen retrato de la emperatriz Faustina.

No es posible, ya lo hemos dicho, examinar una á una las obras de arte y de rarísima antigüedad, que llenan las estancias

del museo Capitolino. Allí hay destellos luminosísimos del arte griego y joyas de primer orden del arte romano. Pertenecen á la inspiracion del primero, tantos y tantos mármoles, que figuran sucesos de la vida y proezas de Aquiles, cantos enteros de la *Iliada* y la *Odisea*, la fábula de Diana y de Endimion, la guerra de las Amazonas, y otros muchos asuntos, que más ó ménos directamente se refieren á las guerras de Troya, á la historia y á la teogonía de los griegos. Son esculturas romanas (aunque algunas, quizá, ejecutadas por artistas áticos ó rodios) las que representan escenas ó personajes que á la mitología y á los fastos de Roma corresponden: en otros objetos, que por su significacion no puedan clasificarse con arreglo á este principio general, no es difícil reconocer, áun al primer golpe de vista, la época y la escuela de que proceden. Si el precioso mosaico de las palomas, bebiendo al rededor de una taza (ornamento de la sala de los bronce del museo Capitolino, hallado en la villa Adriana), no es el que estuvo en Pérgamo, obra del célebre mosaicista griego Sosos, muy ensalzada por Plinio, bien puede afirmarse que es una reproduccion hecha en los primeros tiempos del imperio, en dias de apogeo para el arte. En el museo de San Juan de Letran verémos otra copia de otro no ménos célebre mosaico del mismo autor: quizá no existan hoy en este género dos más interesantes y estimados ejemplares.

El sarcófago, en que está esculpida la fábula de Prometeo, es una de las obras interesantes de la escultura antigua, bajo diversos puntos de vista: el cincel se ha encargado de presentarnos un cuadro de filosofía neo-platónica: la teoría de la formacion y la destruccion del hombre, tal como la imaginaban los últimos filósofos paganos: la aurora ahuyentando las estrellas desde su cuadriga rutilante, es el nacer de la criatura humana: Minerva, diosa de la Sabiduría, le infunde el alma, representada por una mariposa: tres divinidades implacables acompañan al hombre desde sus primeros pasos; el Destino, significado en una mujer que desde las alturas señala el curso de los acontecimientos; la Parca, que con mirada fija en el mísero viviente, va hilando el estambre de su vida; y Nemesis,

que inflexible y serena lo acompaña en todas sus operaciones, para aplicarle, según ellas, premio ó castigo. La luna, que se pone, representa la decadencia y la muerte: el alma, transformada en Psychis, va á su destino, guiada por Mercurio; hasta ahí llegó la ciencia de los sabios de la Academia. Sobre la cubierta del sarcófago está la figura yacente de un joven, cuyo nombre, ni aparece escrito, ni se ha atrevido á suplir la crítica arqueológica: el asunto de los bajo-relieves (poco notables bajo el punto de vista artístico) es una página curiosa para la historia de las aberraciones filosóficas, y para comprobar cómo empezaban á abrirse camino, aún entre las tinieblas del mundo pagano, la noción del alma y las ideas sobre el origen y destino del hombre, escritas con luz esplendorosa en los primeros capítulos del *Génesis*.

Pasan de ciento veinte las estatuas bien conservadas y dignas de estudio, que guarda el museo del Capitolio: Apolos, Dianas, Ceres, Junos, Mercurios y Faunos, que tuvieron su original respectivo en obras insignes de Praxitéles, cuyo aire de familia ostentan: el famoso Endimion, con todos los caracteres de la pura escuela helénica; el Amor, copia en mármol griego de aquel otro Amor de Lysippo, tan celebrado por Pausanias; la Psychis con alas, modelo de dibujo, de invención y de escultura, los varios simulacros de Hércules, el Esculapio de mármol morado, el Baco con la pantera, que parece el mismo descrito por Marcial, los dos Centauros, rarísimas y admiradas joyas del arte antiguo, obra de Aristeo y Papia, proveniente de Tívoli; la Amazona herida, de Sosicles, escultor griego; las estatuas de Alejandro Magno, de Augusto, de Julia, de Tito, de Adriano; la Hécuba, creída generalmente una plañidera; el Arpócrates, dios del silencio; las Isides, la estatua en bronce del joven Camillo, la de Marco Aurelio, el Gladiador, que cae combatiendo, cuyo tórso se tiene por copia, y buena, del célebre *discóbulo* en bronce de Myron, de que son asimismo reproducciones el del Vaticano y el del palacio Massimi; el busto de Scipion el Africano, la estatua sentada de Julia Pia, mujer de Septimio Severo, el vaso hermosísimo de mármol, de antiguo cincel griego, quizá de Calimaco, en que están escul-

pidos los doce dioses mayores del Olimpo pagano, y otras obras no ménos interesantes de la colección Capitolina, merecerían especial noticia, y aún historia, que no caben de suerte alguna en los límites de este libro. Recordarémos, sin embargo, pagando así una parte siquiera del tributo debido á la justicia, la *Vieja bacante* caída en tierra, con el ánfora entre las manos, cual la describen Petronio y Fedro, monumento de mármol, de escultura griega, encontrado en la via *Nomentana*, repetición acaso de aquella *Vieja ebria*, de Myron, que pasaba por una de las mayores joyas artísticas de Smirna. El Fauno de mármol rojo, compañero del otro que está en el gabinete del museo Vaticano; una y otra rarísimas y preciadas obras de la escultura romana en el segundo siglo, fueron en su día adorno y gala de la villa Tiburtina, regalada mansión del emperador Adriano; en cuyo tiempo la escultura despidió resplandores, intensos aunque rápidos, como los resplandores desacostumbrados y repentinos de una luz que se apaga.

La Vénus y el Guerrero herido figuran entre los monumentos de primer orden que el arte antiguo ha legado al moderno. La Vénus del Capitolio pasa por ser la reproducción más aproximada de la Vénus de Gnido, obra maestra de Praxitéles, la cual pereció en un incendio en Constantinopla, á fines del siglo v. El mármol es pário, purísimo, trasparente; su estado de conservación casi perfecto. Los eruditos atribuyen esta admirable copia á cincel romano; si así fuera, no podría hacerse mayor elogio de la altura á que en Roma llegaron los discípulos de Praxitéles y Fídias; pero la verdad es, que á pesar de que en algo se aparta esta obra de aquella delicadísima pureza de formas, que constituía el ideal griego, siempre será difícil probar, dadas la naturaleza del mármol y la perfección de la escultura, que la Vénus del Capitolio no procede de la misma región, y aún del estudio mismo de donde salió la Vénus de Médicis, que unos atribuyen á Cleómenes y otros á Filisco; fundados estos últimos en que la Vénus famosa de Filisco estuvo en el pórtico de Octavia, y allí cerca fué encontrada la de Médicis, que hoy figura en el Museo de Florencia. Con el nombre impropio de *Gladiador moribundo*, se ha conocido por

muchos años, y es admirada en el museo del Capitolio, la estatua en mármol de un guerrero caído y próximo á morir; la calidad de la persona representada y el mérito artístico de la obra, revelan que ni aquélla es un gladiador, ni ésta pertenece á los tiempos en que hubiera sido posible esculpir gladiadores: cuando este bárbaro ejercicio empezó á ser parte de los juegos y de los deleites del pueblo romano, ya la escultura no sabía producir obras tan acercadas á la perfección. Los franceses quieren que sea un galo herido de muerte, un poema abreviado de la bravura y serenidad de sus abuelos: los alemanes no hallan motivo para que no sea un germano; en ningún libro hemos leído que sea un celtíbero; verdad es que ningún español, que sepamos, ha escrito *ex-profeso* acerca de las esculturas del museo Capitolino. Y ¿por qué no podía ser aquél un guerrero de la raza que más difícilmente sojuzgaron las legiones romanas? Aquella figura desnuda, sin más adorno que un collar (*torquii*), representando la lucha entre el cuerpo, que se cae y perece, y el ánimo, que anhela proseguir el combate, puede adaptarse á muchos pueblos de la antigüedad, cuyos hijos pasaban la vida en el campo de batalla aprendiendo á morir. Un heraldo espartano suponen que quiso reproducir el artista, los que profesan la idea de que ésta es una estatua griega y de los mejores tiempos; los que la juzgan romana no le dan más antigüedad que la de la época inmediatamente posterior á la toma de Syracuse, es decir, á la instalación definitiva del arte griego en Roma. En tanto que esta cuestión se decide entre unos pocos anticuarios, los pintores y escultores de tres siglos y millares de viajeros de todas las naciones acuden al Capitolio, á la sala que las guías y los *cicerones* llaman del *Gladiador*, los unos á estudiar, los otros á aprender, y todos á rendir homenaje de aplauso y admiración ante una de las esculturas más peregrinas entre las más peregrinas, que sólo es dado ver en los museos de Roma.

Dos salas hay en el Capitolio, que ofrecen especial interés para el arte y para la historia: llámase una la sala de los Filósofos, y la otra la de los Emperadores. Bajo la primera denominación se comprende una curiosísima serie de bustos per-

tenecientes, no sólo á filósofos de la antigüedad, sino á poetas, á historiadores y á retóricos, cuyos nombres son verdadera gloria, no ya de las ciencias y de las letras griegas y latinas, sino de la humanidad entera. Que la autenticidad y exacta correspondencia de algunos de aquellos bustos han sido disputadas y contradichas por la crítica moderna, no hay para qué indicarlo; ¿por ventura la crítica moderna deja en paz algo de lo que constituía las más puras complacencias de nuestros padres? Y sin embargo, aún á través de las sombras acumuladas en aquel recinto por una erudición quizá más presuntuosa que certera, al recorrer aquella galería de hombres extraordinarios, que representan las mayores conquistas de la inteligencia humana, conquistas sin sangre y sin estragos, el espíritu se recrea dulcemente, y salvando distancias y lugares, saluda el genio de la Epopeya ante los bustos de Homero, adivinados por Rafael, y reverencia la sabiduría de Aristóteles, mirando aquella efigie, que perteneció quizá á Pomponio Ático; aquella misma efigie, bajo la cual quería Cicerón sentarse, mejor que en la silla curul. El verdadero amante de las letras clásicas no pasará por delante del busto de Virgilio, el Platon de los poetas, como le llamaba Alejandro Severo, sin leer en aquellas facciones abultadas y en aquella singular cabeza, los rasgos más expresivos de las *Geórgicas*, el canto más dulce de la *Eneida*. Allí están nuestro insigne cordobés Séneca y el hermoso busto de Apuleyo, que perteneció á un embajador de España; y los filósofos, Sócrates, de tan bello entendimiento como deforme cara; Teofrasto, Diógenes, *barba comante*, como dice Sidonio Apolinar; Pitágoras, Heráclito, *clarus ob obscuram linguam*; Aristómaco, el filósofo, que pasó cincuenta años estudiando la vida é industria de las abejas; los grandes trágicos Eschilo, Sófocles y Eurípides; Demóstenes, el orador de Atenas; Cicerón, el orador de Roma; Hipócrates y Asclepiades, padres de la medicina; Anacreonte, Aristófanes, Terencio, el elegante poeta cómico latino; Tucídides y Herodoto; Catón, Junio Rústico, preceptor de Marco Aurelio; el arquitecto Posidonio y muchos otros, que recuerdan obras ilustres en todo género de literatura.